

Lunes XXVII del TO
Ciclo B



7 de octubre de 2024

Gál 1, 6-12

Sal 110

Lc 10, 25-37

P. Eduardo Suanzes, msps

A parte de amar a los enemigos, en el evangelio se habla también de amar como prójimo a otro grupo inmensamente mayor que el de los enemigos, y es el inmenso grupo de «los *extraños*». La palabra «prójimo» se refería en el mandamiento del Levítico a «los próximos», a «los de casa», a «los del grupo». Los prójimos, los próximos, suelen reducirse en la vida cotidiana a la familia en que alguien ha nacido o ha formado (aunque en las familias también se dan distanciamientos y «extrañezas») y al pequeño círculo de amistades que cada cual suele frecuentar. Incluso los llamados «compañeros» (gente con la que se trabaja, vecinos, etc.) no siempre entran dentro de ámbito de «los próximos»

En el evangelio, el «extraño» pasa a convertirse en «mi prójimo». Y esa es otra de sus propuestas más radicales y que más afecta a la vida cotidiana de todo el mundo. Aquí se sitúa la parábola.

El diálogo previo a la parábola entre Jesús y el escriba, desvela ya unas actitudes previas de hondo calado. En primer lugar, el legista hace una pregunta muy egoica y descomprometedora: pregunta por la «vida definitiva», por la vida eterna, por la vida más allá de «esta vida concreta». Pregunta por el destino de *su yo*, que espera beneficiarse, él, de la herencia de una vida luminosa más allá de esta vida actual. No pregunta por cómo lograr que la vida «sea» «ahora», sino por cómo lograr llegar a una vida futura. Y pregunta sólo por él mismo, no por nadie más. Él pregunta por el *más allá* y Jesús, con la parábola le hace centrarse en el *más acá*.

Los personajes de la parábola un *hombre, bandidos, un levita, un sacerdote, un samaritano*; todos excepto «un hombre», aparecen designados por su función social, unos con prestigio y otros al mundo marginal (bandidos, samaritano).

El hombre, aunque desconocido, ocupa el centro del relato ya que todos los demás personajes aparecen en relación con él: los bandidos lo asaltan, despojan, golpean y dejan; el sacerdote y el levita lo ven y pasan de largo, el samaritano lo ve, se conmueve, se acerca, le cura.

Los tres personajes que *ven* al hombre herido adquieren *un saber* sobre él. Para el sacerdote y el levita se convierte en un obstáculo a evitar, *dan un rodeo y se alejan*: las normas de pureza les prohibían mancharse con el contacto con la muerte, ya que deben mantenerse puros para participar en el culto. Por el contrario, para el samaritano el hombre es alguien que atrae su compasión (**un verbo que aparece en los evangelios referido solamente a Dios**)

o a Jesus). Lo ve privado de un bien que hay que restituirle, asume el encuentro y se deja interpelar por la necesidad del otro cuya vida cuenta para él más que continuar su viaje.

Hay por lo tanto dos maneras de *ver*: permanecer ajenos o implicarse.

El sacerdote y el levita no cambian, a no ser en el rodeo, pero el contraste de su actitud con el samaritano los hace aliados de los bandidos en el signo de la exclusión: salen del relato solos, limitados por su proyecto, con exclusión del otro. El samaritano lo asume en su desplazamiento y, cuando se va, no lo abandona ni se va ya sólo, sino referido a alguien que ha dejado atrás¹.

Los personajes de la parábola pueden hacernos de espejo; quizá podemos sentirnos como el escriba escéptico que pregunta. «¿*Qué tengo que hacer?*», pero sin implicar su vida, o como el sacerdote y el levita, tan preocupados por acudir al culto que no les queda tiempo ni atención para el hombre herido de la cuneta. Los tres aparecen distraídos y dispersos en sus propios proyectos, planes, ocupaciones o reflexiones, queriendo conocer a nivel teórico quién es el prójimo, cumplir con la Ley, llegar al templo, no contaminarse con un cadáver... Pero todo eso les impide vivir centrados en lo esencial que, en aquel momento, es atender al hombre herido.

El samaritano en cambio aparece descentrado de él mismo, todo él atención solícita y eficaz en el servicio al desconocido, al extraño, que encuentra en su camino y eso le hace acertar con el deseo de Dios. Él ve, deja su cabalgadura, se acerca, toca, sana, unge, monta al abatido en su cabalgadura, lo cuida en una posada y no lo deja abandonado a su suerte: le dice al posadero que luego le pagará sus atenciones, cueste lo que cueste. Aparece el samaritano, pues, como un hombre descentrado de sí, desplazado de su mundo por la necesidad del extraño.

Lo mismo que Jesús preguntó al escriba al final de la parábola: «¿*Cuál de los tres se hizo prójimo ... ?*», estamos invitados a sacar las consecuencias de saber que lo que importa es comportarse con misericordia, con entrañas de misericordia, como nuestro Padre Dios y que ahí se resume toda la vida cristiana.

«*Ve y haz tú lo mismo*»: lo mismo que al escriba, Jesús *nos envía a hacer*, no a acumular saberes: lo que un samaritano ha llegado a ser y habrían podido el sacerdote y el levita, ¿por qué no vamos a hacerlo también nosotros? Si ya sabemos cómo se hace uno prójimo de otro, sabremos encontrar qué hacer en circunstancias diferentes a las que vivieron el samaritano, el sacerdote y el levita. Jesús nos libera del interés por saber haciendo estallar nuestro mundo mental en el que tendemos a encerrarnos. Por la brecha abierta, se abre un camino: ¡*Ve!*

¹ Cf J DELORME, *Au risque de la parole. Lire les evangiles*, Paris 1987, 93-140